

ENTREVISTA Nueva publicación, en la que explora un formato más exigente que las columnas:

CRISTIÁN WARNKEN: “Intento cultivar un optimismo poético”

MARÍA TERESA CÁRDENAS MATURANA

Sus columnas pueden generar opiniones adversas en las redes sociales, pero Cristián Warnken (Santiago, 1961) no lo sabrá a menos que sus amigos le cuenten. Él llama a “pensar la técnica”, como Heidegger; a cuestionarse “lo adictivas que son las nuevas formas de comunicación, y evaluar cuánto perdemos si estamos todo el día en función de ellas”. En concreto, él no las usa, pero sí está siempre atento a la realidad del país, en la que insiste en incorporar el pensamiento reflexivo y poético. Así lo ha hecho durante años a través de sus célebres programas de conversación La belleza de pensar y Una belleza nueva; con su taller de lectura Viaje a la palabra; en sus clases en colegios y universidades; en su espacio radial Desde el jardín. Y con sus columnas, claro, que publica en este diario desde 2006.

De esas columnas surgieron muchas de las ideas que conforman *El desierto avanza... Divagaciones sobre nuestro tiempo*, recién publicado por Ediciones El Mercurio. Pero este nuevo libro —después de *Las noticias que siempre serán noticia*, *Aún no ha sido todo dicho* y *Un hombre extraviado* (poesía), entre otros— no es una recopilación, sino una nueva mirada en torno al tema de la desertificación de nuestra realidad, de la vida y sus relaciones. “Me pareció desafiante explorar un formato más exigente y abrir la posibilidad de profundizar temas que en las columnas uno alcanza apenas a enunciar. Toda escritura es una aventura y quise arriesgarme más”, afirma. Para ello, Cristián Warnken elaboró una lista personal de dieciséis desiertos sobre los cuales reflexiona. Más que ensayos, prefiere llamarlos merodeos, paseos, flaneos (de *flâner*), los que emprende provisto de sus infinitas lecturas, de las que va entregando citas a cada paso.

Desertificación del diálogo

—Su libro se publica en un momento clave, cuando acabamos de participar en elecciones y viene una segunda vuelta presidencial. ¿Cree que estos primeros resultados muestran un avance o retroceso del desierto?

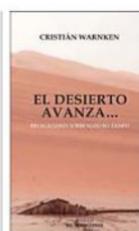
—Hay un capítulo en el libro sobre la desertificación del diálogo: venimos viviendo en Chile desde hace tiempo los efectos letales que este tiene en la convivencia, cuando el pensar reflexivo retrocede y campea el fanatismo y la intolerancia. También hay otro capítulo sobre el desierto de la unanimidad, que tiene que ver con la cultura de la cancelación. Y finalmente abordé el riesgo de las desertificaciones desde arriba, inspirado en el concepto de las “planificaciones desde arriba”, las ideologías de distinto signo, acuñado por Mario Góngora. Los resultados electorales recientes me parece que obligan a los extremos, que intentan imponer esas “planificaciones desde arriba”, a abandonar un poco la desmesura y la soberbia. Eso está todavía por verse.

Reconoce, sin embargo, que los resultados del domingo pasado no le sorprendieron. “Hace tiempo vengo escribiendo sobre el peligro del sobregiro hacia un extremo —explica—, el descuido del tema de la violencia, el sectarismo y la falta de diálogo, eso era obvio que iba a producir tarde o temprano el efecto contrario. Así como una cierta derecha estiró mucho el elástico hacia un lado con su economicismo ramplón y simplista, y es una de las causas del estallido, la izquierda estiró el elástico al otro lado y se produce este suerte de ‘contra-estallido’, el concepto es de Tiro. Piensa en la Restauración y Napoleón después de la Revolución Francesa”.

Rescata, en ese sentido, el tema de una columna que generó especial polémica. “Me ha sorprendido el aval de la violencia dado por intelectuales o el silencio cómplice de una parte importante del mundo cultural. Por eso hay que rescatar figuras de intelectuales como Jorge Millas en Chile o Fernando Savater en España, claros y nítidos en su rechazo a la violencia como arma política”, reafirma. Y constata: “Hoy predomina el pensamiento binario de las cosas, desaparecen los claroscuros, las penumbras, los matices. La izquierda y la derecha extremas le han hecho siempre muy mal al país. Creo que hay que reflexionar, pensar qué es lo que ha pasado desde octubre del 2019 hasta ahora. El pensar reflexivo retrocede en tiempos de polarización, y por eso hay que cuidarlo mucho. Pero



FRANCISCO JAVIER OLEA



EL DESIERTO AVANZA...
Cristián Warnken
Ediciones El Mercurio, Santiago, 2021,
346 páginas,
\$17.900.
(\$14.320 socios del Club de Lectores)

nuestros políticos, en general, no leen, tuitean”.

—¿Cuánto han influido las redes sociales en esta falta de diálogo? Usted incluso las compara con los cantos de sirenas...

—Somos como Ulises: navegamos en un mar de información en el que se nos ofrecen verdades que no son verdades y en el que, hechizados por la magia de esta hipercomunicación, podemos terminar como cadáveres, como lo narra *La Odisea*; en este caso, como un dato más dentro del gran algoritmo. Ulises arriesgó, con la tentación del canto de sirenas, su regreso a Itaca; nosotros arriesgamos no regresar dentro de nosotros mismos, permanecer siempre “afuera” y muy lejos de nuestro propio centro; extrañáramos, en suma.

“El gran tema —continúa— es si, junto con el desarrollo técnico, hemos tenido un desarrollo espiritual, de conciencia, que nos permita estar alertas a los peligros de la excesiva tecnificación o digitalización del mundo. Por eso Heidegger llama a ‘pensar la técnica’. Uno de los peligros lo señala con lucidez el psicoanalista italiano Luigi Zoja cuando habla de ‘la muerte del prójimo’, el que está a mi lado, el que

El destacado columnista y animador cultural publica *El desierto avanza... Divagaciones sobre nuestro tiempo*, un conjunto de ensayos sobre las diversas formas en que la aridez se ha ido apropiando de la realidad.

puedo tocar. Chul-Han habla del mundo de la ‘no-cosa’, de la desaparición de lo físico. ¿Diagnósticos apocalípticos? Hay que estar alerta y siempre es bueno que el pensamiento someta a escrutinio crítico los avances civilizatorios.

—Ya desde el título, que alude a una frase de Nietzsche y que luego se completa en el primer epígrafe (“Ay, del que en su alma alberga desiertos”), usted pone énfasis en el desierto interior, el que avanza dentro de nosotros. ¿Por qué le interesó esa perspectiva?

—Porque me parece que se ha hablado mucho de la desertificación más evidente, la que produce el cambio climático, y poco de esa otra desertificación, la de sentido, que es una herida abierta de nuestra modernidad. La famosa frase del pensador alemán me hizo preguntarme cuán relacionadas están ambas y más que responder a esa pregunta, merodeé en torno a ella, buscando algunos vislumbres.

—En el capítulo sobre la desertificación del diálogo y la conversación usted reconoce el aporte de Humberto Giannini. ¿Qué se puede rescatar de su pensamiento para revertir esta desertificación?

—En su maravilloso ensayo *La reflexión cotidiana*, Giannini se refiere a lo que él llama las dos formas de la transgresión de la rutina: el diálogo y la conversación. Al leerlo, nos damos cuenta de lo fundamentales que son ambas para la convivencia humana y para nuestras vidas. Hoy vivimos, por un lado, el peligro del empobrecimiento de nuestras conversaciones, y por otro, el diálogo está siendo devastado por la polarización y la tentación de la unanimidad; lo estamos viendo en el mundo entero. Giannini nos hace aquilatar el valor del diálogo y la conversación presencial y él mismo es un ejemplo de una vida dedicada a dialogar, en la huella de Sócrates y los grandes maestros de la filosofía. Hay que recuperar esa práctica y resistir a la tribalización de la comunicación humana.

Warnken prefiere definir estos textos como merodeos, “flaneos” o incursiones, más que como ensayos. “Montaigne, al inventar el género del ensayo, dice que tiene ‘el espíritu saltarín’. Me identifico con esa declaración —explica—. Me gusta, mientras escribo, ir indagando, haciendo a veces saltos inesperados, buscando cruces, tratando de hacer sentir al lector que estoy conversando con él. Creo que estos textos son conversaciones escritas con poetas, pensadores, amigos, vivos y muertos. Intenté ser lo más honesto conmigo mismo y escribir desde mis obsesiones, miedos y esperanzas y compartirlas con otros. “Leer es errar”, dice Pascal Quignard; escribir también es errar, en el doble sentido del término.

—En esa misma línea, usted se define como un caminante, no como sociólogo, psiquiatra, antropólogo o filósofo. ¿Qué les propone a sus lectores: interpellarlos, despertarlos, acompañarlos?

—Acompañarlos. Creo que vivimos tiempos de incertidumbre tal, que nadie puede ni debe ofrecer certezas ni verdades reveladas. La poesía, la literatura, los ensayos están ahí para acompañarnos en la cruzada por el de-

sierto. Todos caminamos hoy al descampado y como diría Rubén Darío “no sabemos a dónde vamos ni de dónde venimos...”. Pero desde ese “no-sé” o perplejidad puede surgir a veces lo inesperado, incluso la esperanza.

—En este recorrido lo acompañan sus infinitas lecturas...

—Siempre me ha gustado compartir con otros mis lecturas, lo hago en mis talleres, programas de radio, etcétera; es un placer que saca a la lectura de su encierro. Me gusta ser una especie de “canalizador” de lecturas, un DJ que cruza voces distintas y las hace circular, no las retiene.

—¿Cuánto cree que ha influido el deterioro del lenguaje en este proceso de desertificación?

—Mucho. Y por eso preocupan los intentos de transformar el lenguaje en campo de batalla de guerras identitarias o ideológicas. Ninguna “neolengua” puede reemplazar el idioma vivo, creado anónimamente a través del tiempo. Debemos acunar las palabras para que sigan siendo lugar de encuentro y refugio y no se conviertan en armas de adoctrinamiento de totalitarismos de ningún tipo.

—Usted pone la esperanza en la poesía y también en los niños, ¿hay que reaprender esos lenguajes?

—“Hay que alentar la esperanza”, decía el

filósofo Jorge Millas a unos alumnos angustiados por la situación del país en plena dictadura. Hoy debemos seguir alentándola ante otros peligros nuevos que asoman en el horizonte. No se puede criar ni educar niños sin esperanza. Ellos son nuestros maestros de la esperanza, a pesar de que el desierto avanza.

Orden y “loca geografía”

En el capítulo sobre “El desarraigo de Chile”, Cristián Warnken identifica dos almas en nuestro país: la seguridad y el riesgo, y opone la pasión por el orden, que viene de formas culturales y políticas adoptadas desde afuera, al desorden interior, más ligado a nuestra naturaleza, a la “loca geografía”. Sobre la posibilidad de unir esas dos almas, señala: “Creo que nuestros poetas han logrado esa síntesis: su coraje, su pasión por el riesgo y su oficio riguroso con la palabra se entrecruzan. La pasión por el orden es atávicamente chilena y no hay que despreciarla, dice algo de nosotros, es una forma de sobrevivencia a la fragilidad y precariedad de nuestro territorio y nuestra historia. La tarea es cómo no reducir ese ‘orden’ a solo orden público: ahí está Andrés Bello buscando el orden primero a través del lenguaje: la gramática, la poesía”.

En la introducción de *El desierto avanza...*, Cristián Warnken compara la experiencia de Agustín de Hipona con el momento que vivimos, una destrucción del mundo tal como lo conocíamos. ¿A qué echar mano? “Agustín tenía la fe. Nosotros, como civilización, la perdimos. Pero nos queda la esperanza y debemos cuidarla. Creo que todas las formas de pensar han mostrado sus límites, pero la poesía me parece una forma de resistencia a la desertificación en curso. Agustín leía en voz alta salmos mientras todo ardía y se derrumbaba; un Agustín de nuestro tiempo debiera tal vez leer poemas, nuestra última forma de oración”, señala.

—¿Confía de verdad en que la poesía y los niños podrán revertir este desierto? Por momentos su libro parece bien pesimista.

—Siempre hay que darle una posibilidad a la esperanza, debemos recordar esa memorable frase de Heráclito: “Espera, y hallarás lo inesperado”. La capacidad de resiliencia del ser humano es formidable, hay un instinto de vida que es más fuerte que la pulsión de muerte. No podemos darnos el lujo de desesperar. La vida siempre nos sorprende, es más plástica y cambiante que las ideas o diagnósticos que hacemos de ella. Los niños pueden ser nuestros guías; por algo Saint-Exupéry en su fábula sobre el nihilismo que es El Principito y que sucede en el desierto, deposita en un niño preguntón la esperanza que él mismo había perdido, en medio de la Segunda Guerra; esa angustia se lee en sus *Diarios*. Intento cultivar un optimismo poético, como el poeta René Char: “Ante el derrumbamiento de las pruebas, el poeta responde con una salva al porvenir”.



www.premiorevistadelibros.cl



“El Mercurio”, CMPC y la Pontificia Universidad Católica de Chile convocan al

30° Premio Revista de Libros de El Mercurio

Género: **Biografías y Memorias** | País invitado: **Perú**

EL MERCURIO



cm
pc

UNIVERSIDAD
CÁTOLICA
DE CHILE